

Menéndez y Pelayo

Más estoy para llorar que para escribir.

Quien, como yo, pierde en un momento, de una vez y para siempre, un maestro sapientísimo y tan bondadoso como sabio, y un amigo cariñoso y leal, y un consejero prudente y solícito—que todo esto era para mí don Marcelino Menéndez y Pelayo—, ¿cómo no ha de estar más para llorar que para escribir, aunque temiese que había de sobrevenir en breve plazo este triste acontecimiento, funestísimo para la causa de la cultura nacional?

El insuperado, el insuperable maestro ha muerto como vivió: trabajando. Y ¡qué trabajar tan afanoso en todo el año anterior! Y ¡qué no poder dejarlo, aun viendo cómo progresaba la minadora enfermedad!

Todavía, en 7 del mes corriente, eran eco de las alarmantes noticias que llegaban de Santander estos renglones de una de mis cartas: “Pero aun con toda la expedición que usted tiene para el trabajo, este esfuerzo—aludía al que representa la preparación del tomo I de sus *Obras completas*—ha sido grande y costoso, y no es para repetido. Todos aquí creemos que el quebranto de la salud de usted se debe muy principalmente á esa enormidad de labor. Una cosa vale siempre más que el pan: el horno en que se cuece: mire usted por él; mire usted por sí, que será mirar por todos, y no se apremie ni se deje apremiar por nadie. Y por mucho que en esto otro perdamos, no se encariñe usted con la idea de ir refundiendo con prolijidad lo que tan bien hizo; que más perderíamos si por ese trabajo agobiador perdiésemos á usted. Por ahora, debe usted trabajar poco, ó, dicho mejor, mucho; pero despacio y sin fatigarse.”

¡Veinticuatro horas antes de morir escribía el insigne polígrafo sus últimos renglones para la imprenta! ¡Al pie del cañón muere el buen artillero! ¡Para la cultura general y para el esplendor de la Ciencia Española ha vivido hasta la hora de morir el maestro Menéndez y Pelayo!

¡Qué hermosa vida, y qué gloriosa muerte!

.....

Juzguen otros de la portentosa labor de Menéndez y Pelayo; que yo ahora, imposibilitado para concertar mis ideas, he de limitarme á relatar algo anecdótico que haga conocer al sabio y al hombre de aquellos que no tuvieron la dicha ni la honra de tratarle.

En España, como en todas partes, no escasean demasiado los sujetos cultos que saben muchas cosas y de muchas cosas, ni tampoco los que conocen bien y profundamente una ciencia ó disciplina en particular; pero en Menéndez y Pelayo, por una prodigiosa disposición de sus facultades, juntábase todo: la extensión y la profundidad del saber: de un saber increíble, inverosímil, presidido y encaminado siempre por un entendimiento tan poderoso, tan eficaz, tan generalmente apto, que lo mismo tenía abarcadora vista de águila para las grandes síntesis, que aguda perspicacia de microscopio para registrar hasta las semínimas los pormenores de la materia ob-

VERSO

jeto de su investigación. Y todo esto, servido á maravilla por un auxiliar tan activo como fiel, por una memoria tal, que dudo que haya habido otro mejor en el mundo.

En otra ocasión he referido cómo nos dejaba pasmados el autor de la *Historia de las ideas estéticas en España*, cuando por los años de 1892 á 1898 pasaba en Sevilla algunas temporadas, y concurría á la amenísima tertulia literaria del Duque de T'Serclaes: "Allí, entre otros, Gómez Imaz, Montoto, Hazañas, Valdenebro, Gestoso, Claves y los hoy difuntos Torre Salvador (*Micrófilo*) y Serrano Sellés, y yo con ellos, pasábamos la velada enebecidos, escuchando á aquel prodigioso hombre y sin decir más que lo puramente necesario para que el Maestro no dejase de maravillarnos con su sabrosísima habla, maná que sabe—*¡que sabía*, hay que decir ya!—, maná que sabía á mil cosas, todas exquisitas. ¿Tocaba Serrano en punto de Medicina clásica? Pues allí era de ver cómo el maestro explanaba aquella materia cual si hablaran por su boca veinte Avicenas y diez *divinos* Vallés. ¿Nombraba don Luis Montoto á algún poeta de Sevilla, oscuro y olvidado? No lo era ni lo estaba para don Marcelino: antes contaba de pe á pa su vida y milagros, y nos recitaba á la guitarra (como allí dicen) sus mejores composiciones. Una noche asomé yo conversación del doctor Torres Villarroel, de su *Diálogo* con el ermitaño y de la piedra filosofal, y tomo ese hilo el Maestro y nos tuvo boquiabiertos y enhechizados más de una hora hablándonos de alquimia. ¡Claro! ¡Como que él había favorecido al benemérito Luanco dándole á conocer muchos de los viejos escritos que compiló en su libro misceláneo de *La Alquimia en España!*"

En una de aquellas temporadas, al salir una mañana de la Biblioteca Colombina, en donde yo le ayudaba á hacer unos cotejos, interroguéle si sería ó no de Barahona de Soto un verso italiano con que termina una de sus sátiras; me preguntó si lo recordaba, y se lo dije:

"*Ch'io son già rauco e vo posarmi alquanto*".

Y respondiome sin vacilar: "Ese es el verso último del canto XIII ó XIV del *Orlando*, de Ariosto." Y era, en efecto, el verso último del XIV. Pues de esta manera siempre: el habla del Maestro fué, no sólo una gran biblioteca que siempre tenía á punto, registrado y abierto por la página deseada, el libro que era necesario consultar, sino además de esto, un comentario concluyente y definitivo de esa página.

Tanto como el sabio valía el hombre. ¿El hombre?... Digo mal: el niño, porque era infantil el candor de Menéndez y Pelayo. Dicen que la ciencia hincha, y suele ser verdad; pero en el Maestro padeció excepción este proverbio. Su trato fué llanísimo y por todo extremo agradable: quien una vez conversó con Menéndez y Pelayo quedó prendado de él para toda la vida.

De duelo estamos sus amigos y discípulos; de duelo está España, y de luto la cultura general, que tanto ha debido y debe á este portento de hombre, á este sabio modesto y bondadoso cuya muerte lloramos, y de quien puede compendiarse todo elogio en aquel verso que dice:

"Alma gigante y corazón de niño."

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

(De la Real Academia Española.)